

la antipática Petra. Pero al fin don Alvaro que había triunfado de lo más, triunfó de lo menos: llegó á comprender Ana que era imposible, y tal vez ridículo, negarse á recibir en su alcoba á un hombre á quien se había entregado ella por completo. Mucho valía la castidad del lecho nupcial, ó ex-nupcial mejor dicho, pero ¿no valía más la castidad de la esposa misma? Entre estos sofismas y la pasión y la constancia en el pedir dieron la victoria á Mesía, que si no pudo acallar los sobresaltos de Ana, quien á cada ruido creía sentir el espionaje de Petra, conseguía á menudo hacerla olvidarse de todo para gozar del delirio amoroso en que él sabía envolverla, como en una nube envenenada con opio.

Y así pasaban los días, asustada Ana de que tan poco después de la caída fuese ella capaz de recibir á un hombre en su alcoba, ella, que tantos años había sabido luchar antes de caer.—

Aquella tarde de Navidad, después de recoger el servicio del café, Petra salió de casa y se dirigió á la del Magistral.

La recibió doña Paula. Eran ahora muy buenas amigas. La madre del Provisor conocía la estrecha simpatía que existía entre Teresina y la doncella de la Regenta; y por la actual criada del *señorito*, de su hijo, sabía que en el ánimo de Fermín Petra era la persona destinada á substituir á Teresa el día, próximo ya, en que ésta alcanzara el premio consabido de salir de allí casada para administrar ciertos bienes de los *Provisores*. Doña Paula, que entendía á medias palabras, y aun sin necesidad de ellas, ganosa de satisfacer aquel deseo de su hijo, según su política constante, y de satisfacerle de una manera pulcra, intachable en la forma, anticipándose á él, había resuelto tomar la iniciativa y ofrecer á Petra ella misma aquel puesto que la rubia lúbrica tanto ambicionaba. La proposición se hizo aquella tarde. Teresina iba á salir de casa de un

día á otro. Petra aceptó sin titubear, temblando de alegría. Hasta que estuvo en el caserón de vuelta no se le ocurrió pensar que aquella felicidad suya acarrearía la desgracia de muchos, y hasta cierto punto su propio daño. Adiós amores con don Alvaro, amores cada vez más escasos, más escatimados por el libertino gracioso, que iba menudeando las propinas y encareciendo las caricias, pero al fin *amores* señoritos, que la tenían orgullosa. ¿Qué hacer? No cabía duda, ser prudente, coger el codiciado fruto, entrar en aquella *canongía*, en casa del Magistral. Para esto era preciso echar á rodar todo lo demás, romper aquel hilo que ella tenía en la mano y del que estaban colgadas la honra, la tranquilidad, tal vez la vida de varias personas! Al pensar esto Petra se encogió de hombros. Se le figuró ver que caía la Regenta y se aplastaba, que caía el Magistral y se aplastaba, que caía don Víctor y se convertía en tortilla, que el mismo don Alvaro rodaba por el suelo hecho añicos. No importaba. Había llegado el momento. Si perdía la ocasión, la vacante de Teresina, podía entrar otra y adiós *señorío* futuro. No había más remedio que ocupar la plaza inmediatamente. Pero entonces había que decirselo todo al Provisor, porque en saliendo de aquella casa ya no podía ser espía, ni ayudar al que la pagaba á abrir los ojos de aquel estúpido de don Víctor, que, como era natural, querría vengarse, castigar á los culpables; que sería lo que necesitaba el canónigo, puesto que él no podía con sus manteos al hombro ir á desafiar á don Alvaro. Petra discurría perfectamente en estas materias porque leía folletines, la colección de *Las Novedades*, que dejara en un desván doña Anuncia, y sabía quién desafia á quién, llegado el caso de descubrirse los amores de una señora casada. El que desafia es el marido, no un pretendiente desairado, y mucho menos siendo cura. No había duda, el Magistral la necesitaba á ella en el ca-

serón llegado el momento crítico... si salía antes y después no le servía, podía echarla de casa por inútil. Había que hacerlo todo pronto, inmediatamente. ¿Y qué iba á hacer? Una traición, eso desde luego, pero ¿cómo?...

En esto pensaba cuando entró en el comedor, ya al oscurecer, á preparar la lámpara. Sintió que la sujetaban por la cintura y le daban un beso en la nuca.

«Era el otro; ¡pobre, no sabía lo que le aguardaba!»

Don Alvaro, después de su conversación con Ana, la había hecho retirarse y se había quedado solo en el comedor para «dar el ataque» á Petra y proponerle, entre caricias, de que cada día le pesaba más, el cambio de amos. No era cierto que hubiese vacante en la fonda, pero allí era él amo y se crearía la vacante. Con toda la diplomacia que pudo emplear un hombre que se creía principalmente político y era seductor de oficio, ofreció á la doncella la nueva posición, «que sería divertidísima, y lucrativa como pocas.» Don Víctor le tenía miedo, doña Ana también, cada cual por su motivo, y él, don Alvaro, sería mucho mejor servido si Petra consentía en salir de la casa.

«Ya ves, hija, tú has cometido una falta, tratar á la señora con altivez, con insolencia; esto, que es feo de por sí, la asustó á ella haciéndole creer que sabes algo y que abusas de tu secreto; le asustó á él que teme que vas á cantar, y me perjudica á mí, como comprendes, porque... ya ves... estando asustada ella... recelosa... pago yo. Á ti ya no te necesito en esta casa, porque yo entro y salgo ya sin guías... y allá en casa... en la fonda puedes sernos útil... Además...»

Además, don Alvaro comprendía que ya no podía pagar á Petra sus servicios con amor, porque cada día era más urgente economizarlo; y llevando á la chica á la fonda, allí otros huéspedes hambrientos de esta clase de bocados la distraerían y él cumpliría con pro-

pinas en adelante. En suma, ya le estorbaba Petra en el caserón de los Ozores por muchos conceptos. Pero á ella no se le podían dar tales razones.

—Señorito—dijo Petra, que á pesar de su resolución reciente, sintió en el orgullo una herida de tres pulgadas—no necesita apurarse tanto para convencerme de que debo irme de esta casa.

—No, hija, lo que es, si tú lo tomas por donde que-  
ma, yo no insisto...

—No señor, si no me deja Vd. explicarme... Si yo quiero salir de aquí; si precisamente... pero en cuanto á lo de irme á la fonda, no señor. Una cosa es que una tenga sus caprichos y una buena voluntad, ¿entiende Vd.? y otra cosa que á una la regalen á los amigos, y la lleven y la traigan... y...

—Pero, Petrica, si no es eso, si yo por tu bien...

Don Alvaro bajaba la voz y Petra la levantaba.

Pero la astuta moza, que sabía contenerse, cuando era por su bien, se reprimió, y cambiando el tono y el estilo se disculpó, disimuló el enojo, y dijo que todo estaba perfectamente, y que ella misma pediría la soldada, y se iría tan contenta, no á la fonda, sino á otra casa; una proporción que tenía, y que no podía decir todavía cuál era. Por lo demás, tan amigos, y si el señorito, don Alvaro, la necesitaba, allí la tenía, porque la ley era ley; y en lo tocante á callar, un sepulcro. Que ella lo había hecho por afición á una persona, que no había por qué ocultarlo, y por lástima de otra, casada con un viejo chocho, inútil y *chiflao* que era una compasión.

Petra engañó otra vez á Mesía. Hasta le consintió nuevas caricias de gratitud que él se juró serían las últimas, por lo de la economía, que le tenía maniático.

Don Víctor supo aquella noche en el Casino que al día siguiente Petra pediría la cuenta, se marcharía. ¡Oh placer! Quintanar respiró con fuerza de fuelle y

abrazó á su amigo. «Le debía algo mejor que la vida, la tranquilidad de su hogar doméstico.»—

Trabajaba don Fermín en su despacho, envueltos los piés en el mantón viejo de su madre; escribía á la luz blanquecina y monotoná de la mañana nublada. Un ruido le distrajo, levantó los ojos y vió en medio del umbral á doña Paula, pálida, más pálida que solía.

—¿Qué hay, madre?

—Está ahí esa Petra, la de Quintanar, que quiere hablarte.

—Hablarne!... ¿tan temprano? ¿qué hora es?

—Las nueve... Dice que es cosa urgente... Parece que viene asustada... le tiembla la voz...

El Magistral se puso del color de su madre, y en pié como por máquina:

—Que éntre, que éntre...

Doña Paula dió media vuelta y salió al pasillo. Antes acarició á su hijo con una mirada de compasión de madre.

—Entra...—dijo á Petra que, toda de negro, esperaba, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Doña Paula quería comerse con los ojos el secreto de la criada. ¿Qué sería? Dudó un momento... estuvo casi resuelta á preguntar... pero se contuvo y dijo otra vez:

—Anda, hija mía, entra.

«Hija mía—pensó Petra—esta me quiere en casa; segura es mi suerte.»

—¿Qué hay?—gritó el Magistral acercándose á la criada, como queriendo salir al paso á las noticias...

Petra vió que estaban solos... y se echó á llorar.

Don Fermín hizo un gesto de impaciencia, que no vió Petra, porque tenía los ojos humillados. Había querido hablar el canónigo, pero no había podido; sentía en la garganta manos de hierro, y por el espina-

zo y las piernas sacudimientos y un temblor tenue, frío y constante.

—¡Pronto! ¿qué pasa?...—pudo preguntar al cabo.

Petra dijo, sin cesar de gemir, que necesitaba que la oyese en confesión, que no sabía si era una buena obra ó un pecado lo que iba á hacer, que ella quería servirle á él, servir á su amo, servir á Dios, que al fin religión era también el interés del prójimo, pero... temía... no sabía si debía...

—¡Habla!... habla!... te digo que hables pronto... ¿qué hay, Petra?... ¿qué hay?...—Don Fermín, con disimulo, apoyó una mano en la mesa. Hubo una pausa.

—Habla, por Dios...

—¿En confesión?...

—Petra, habla... pronto...

—Señor, yo he prometido decir á Vd... todo...

—Sí, todo, habla.

—Pero ahora no sé... no sé... si debo...

Don Fermín corrió á la puerta, la cerró por dentro, y volviéndose rápido y con ademán descompuesto, gritó, sujetando con fuerza el brazo de la criada:

—¡Déjate de disimulos, habla... ó te arranco yo las palabras!

Petra le miró cara á cara, fingiendo humildad y miedo; «quería ver el gesto que ponía aquel canónigo al saber que la señorona se la pegaba.»

«Petra dijo, sin rodeos, que había visto ella, con sus propios ojos, lo que jamás hubiera creído. El mejor amigo del amo, aquel don Álvaro que de día no se separaba de don Víctor... entraba de noche en el cuarto de la señora por el balcón y no salía de allí hasta el amanecer. Ella le había visto una noche, creyendo que soñaba, porque se había puesto á espiar creyendo así desvanecer ciertas sospechas, pero ¡ay! era verdad, era verdad... Aquel infame había pervertido á la señorita, una santa... Bien temía don Fermín!...»

Petra seguía hablando, pero hacía rato que De Pas no la oía.

En cuanto comprendió de qué se trataba, antes de oír las frases crudas en que pintó la rubia lúbrica el asalto del caserón de los Ozores por el Tenorio vetustense, don Fermín giró sobre los talones, como si fuera á caer desplomado, dió dos pasos inciertos y llegó al balcón contra cuyos cristales apoyó la frente. Parecía mirar á la calle. Pero tenía los ojos cerrados.

Oía á Petra sin entender bien su paliqúe, le molestaba el ruido de la voz aguda y lacrimosa, no lo que decía, que ya no llegaba á la atención del canónigo; quería mandarla callar, pero no podía, no podía hablar, no podía moverse...

Petra habló todo lo que quiso. Cuando calló, se oyeron nada más los ruidos apagados de la calle; las ruedas de un coche que corría muy lejos, la voz de un mercader ambulante que pregonaba á grito limpio paños de manos y encajes finos.

El Magistral estaba pensando que el cristal helado que oprimía su frente parecía un cuchillo que le iba cercenando los sesos; y pensaba además que su madre al meterle por la cabeza una sotana le había hecho tan desgraciado, tan miserable, que él era en el mundo lo único digno de lástima. La idea vulgar, falsa y grosera de comparar al clérigo con el eunuco se le fué metiendo también por el cerebro con la humedad del cristal helado. «Sí, él era como un eunuco enamorado, un objeto digno de risa, una cosa repugnante de puro ridícula... Su mujer, la Regenta, que era su mujer, su legítima mujer, no ante Dios, no ante los hombres, ante ellos dos, ante él sobre todo, ante su amor, ante su voluntad de hierro, ante todas las ternuras de su alma, la Regenta, su hermana del alma, su mujer, su esposa, su humilde esposa... le había engañado, le había deshonrado, como otra mujer cualquiera; y él,

que tenía sed de sangre, ansias de apretar el cuello al infame, de ahogarle entre sus brazos, seguro de poder hacerlo, seguro de vencerle, de pisarle, de patearle, de reducirle á cachos, á polvo, á viento; él atado por los piés con un trapo ignominioso, como un presidiario, como una cabra, como un rocín libre en los prados, él, misérrimo cura, ludibrio de hombre disfrazado de anafrodita, él tenía que callar, morderse la lengua, las manos, el alma, todo lo suyo, nada del otro, nada del infame, del cobarde que le escupía en la cara porque él tenía las manos atadas... ¿Quién le tenía sujeto? El mundo entero... Veinte siglos de religión, millones de espíritus ciegos, perezosos, que no veían el absurdo porque no les dolía á ellos, que llamaban grandeza, abnegación, virtud á lo que era suplicio injusto, bárbaro, necio, y sobre todo cruel... cruel... Cientos de papas, docenas de concilios, miles de pueblos, millones de piedras de catedrales y cruces y conventos... toda la historia, toda la civilización, un mundo de plomo, yacían sobre él, sobre sus brazos, sobre sus piernas, eran sus grilletes... Ana que le había consagrado el alma, una fidelidad de un amor sobrehumano, le engañaba como á un marido idiota, carnal y grosero... Le dejaba para entregarse á un miserable lechuguino, á un fatuo, á un elegante de similor, á un hombre de yeso... á una estatua hueca!... Y ni siquiera lástima le podía tener el mundo; ni su madre, que creía adorarle, podía darle un consuelo, el consuelo de sus brazos y de sus lágrimas... Si él se estuviera muriendo, su madre estaría á sus piés mesándose el cabello, llorando desesperada; y para aquello, que era mucho peor que morir, mucho peor que condenarse... su madre no tenía llanto, abrazos, desesperación, ni miradas siquiera... Él no podía hablar, ella no podía adivinar, no debía... No había más que un deber supremo, el disimulo; silencio... ni una que-

ja, ni un movimiento! Quería correr, buscar á los traidores, matarlos... ¿sí? pues silencio... ni una mano había que mover, ni un pié fuera de casa... Dentro de un rato sí, á coro, á coro! tal vez á decir misa... á recibir á Dios!» El Provisor sintió una carcajada de Lucifer dentro del cuerpo; sí, el diablo se le había reído en las entrañas... y aquella risa profunda, que tenía raíces en el vientre, en el pecho, le sofocaba... y le asfixiaba!...

Abrió el balcón de un puñetazo y el aire frío y húmedo le trajo la idea lejana de la realidad, y oyó la tos discreta de Petra, que aguardaba allí, detrás, clavándole los ojos en la nuca.

Cerró el balcón don Fermín, volvióse y miró con ojos de idiota á la rubia que enjugaba lágrimas villanas. «¿No necesitaba un instrumento para luchar, para hacer daño? Aquel era el único que tenía.»

Petra callaba inmóvil, esperando servir á su dueño.

Gozaba voluptuosa delicia viendo padecer al canónigo, pero quería más, quería continuar su obra; que la mandasen clavar en el alma de su ama, de la orgullosa señorona, todas aquellas agujas que acababa de hundir en las carnes del clérigo loco.

Una voz lenta, ronca, mate, que no parecía haber sonado en el despacho, voz de ventrilocuo, preguntó:

—¿Y tú, que piensas hacer... ahora?

—¿Yo?... dejar aquella casa, señor... «¿No quiere ser franco?—pensó Petra—pues que padezca; él vendrá á buscarme donde quiero que me busque.» Dejar aquella casa—repitió—¿qué he de hacer? Yo no quiero ayudar con mi silencio á la vergüenza del amo; remediarlo no puedo, pero puedo salir de aquella casa.

—¿Y á ti... no te importa el honor de don Víctor? Así agradeces el pan... que comiste tantos años...

—Señor, yo ¿qué puedo hacer por él?

—En saliendo nada.

—Pues me echan.

—¿Ellos?

—Sí, ellos; ayer el señorito Alvaro, que es el que manda allí... porque el amo está ciego, ve por sus ojos; el señorito Alvaro me puso de patitas en la calle. Hoy debo despedirme. Me ofreció colocación en la fonda; pero yo prefiero quedar en la calle...

—Vendrás á esta casa, Petra—dijo la voz de caverna, con esfuerzos inútiles por ser dulce.

Petra volvió á llorar. «¿Cómo pagaría ella tal caridad, etc., etc.?»

Aquella ternura facilitó el tratado; cediendo cada cual un poco de su tesón, se fueron acercando al infame convenio, á la intriga asquerosa y vil; al principio fingiendo pulcritud, invocando santos intereses, después olvidando estas fórmulas; y por fin el Magistral ofreció á la moza asegurar su suerte, colmar su ambición, y ella poner ante los ojos de Quintanar su vergüenza de modo tan evidente, tan palpable que aquel señor, si corría sangre de hombre por su cuerpo, tuviese que castigar á los traidores como tenían bien merecido.

Al terminar aquella conferencia hablaban como dos cómplices de un crimen difícil. El Magistral excusaba palabras, pero no las que aclaraban su proyecto. «¿Qué iba á hacer Petra para poner á la vista del estúpido Quintanar aquella vergüenza? ¿Revelaciones? no podían hacerse. ¿Anónimos? eran expuestos... ¡Qué! no señor, nada de eso; ha de verlo él» repetía Petra, olvidada de sus fingimientos, con placer de artista.

Había allí dos criminales apasionados, y ningún testigo de la ignominia; cada cual veía su venganza, no el crimen del otro ni la vergüenza del pacto.

Quando Petra salió de casa del Magistral, éste sintió dentro de sí un hombre nuevo; el hombre que hería

de muerte por venganza, el criminal, el ciego por la pasión «el asesino, sí, el asesino; la otra era su instrumento, el asesino él. Y no le pesaba, no... cien muertes, cien muertes para los infames.» «¿Qué haría don Víctor? ¿De qué comedia antigua se acordaría para vengar su ultraje cumplidamente? ¿La mataría á ella primero? ¿Iría antes á buscarle á él?...»—

Al día siguiente, 27 de Diciembre, don Víctor y Frigilis debían tomar el tren de Roca-Tajada á las ocho cincuenta para estar en las marismas de Palomares á las nueve y media próximamente. Algo tarde era para comenzar la persecución de los patos y alcaravanes, pero no había de establecer la empresa un tren especial para los cazadores. Así que se madrugaba menos que otros años. Quintanar preparaba su reloj despertador de suerte que le llamase con un estrépito horriblo á las ocho en punto. En un decir Jesús se vestía, se lavaba, salía al Parque donde solía esperar dos ó tres minutos á Frigilis, si no le encontraba ya allí, y en esto y en el viaje á la estación se empleaba el tiempo necesario para llegar algunos minutos antes de la salida del tren mixto.

De un sueño dulce y profundo, poco frecuente en él, despertó Quintanar aquella mañana con más susto que solía, aturdido por el estridente repique de aquel estertor metálico, rápido y descompasado. Venció con gran trabajo la pereza, bostezó muchas veces, y al decidirse á saltar del lecho no lo hizo sin que el cuerpo encogido protestara del madrugón importuno. El sueño y la pereza le decían que parecía más temprano que otros días, que el despertador mentía como un deslenguado, que no debía de ser ni con mucho la hora que la esfera rezaba. No hizo caso de tales sofismas el cazador, y sin dejar de abrir la boca y estirar los brazos se dirigió al lavabo y de buenas á primeras zambulló la cabeza en

agua fría. Así contestaba don Víctor á las sugerencias de la mísera carne que pretendía volverse á las ociosas plumas.

Cuando ya tenía *las ideas más despejadas*, reconoció imparcialmente que la pereza aquella mañana no se quejaba de vicio. «Debía de ser en efecto bastante más temprano de lo que decía el reloj. Sin embargo, él estaba seguro de que el despertador no adelantaba y de que por su propia mano le había dado cuerda y puéstole en la hora la mañana anterior. Y con todo, debía de ser más temprano de lo que allí decía; no podían ser las ocho, ni siquiera las siete, se lo decía el sueño que volvía, á pesar de las abluciones, y con más autoridad se lo decía la escasa luz del día. «El orto del sol hoy debe de ser á las siete y veinte, minuto arriba ó abajo; pues bien, el sol no ha salido todavía, es indudable; cierto que la niebla espesísima y las nubes cenicientas y pesadas que cubren el cielo hacen la mañana muy oscura, pero no importa, el sol no ha salido todavía, es demasiada oscuridad esta, no deben de ser ni siquiera las siete. No podía consultar el reloj de bolsillo, porque el día anterior al darle cuerda le había encontrado roto el muelle real.

«Lo mejor será llamar.»

Salió á los pasillos en zapatillas.

—¡Petra! ¡Petra!—dijo, queriendo dar voces sin hacer ruido.

—Petra, Petra... ¡Qué diablos! cómo ha de contestar si ya no está en casa... la pícara costumbre, el hombre es un animal de costumbres.

Suspiró don Víctor. Se alegraba en el alma de verse libre de aquel testigo y semi-víctima de sus flaquezas; pero, así y todo, al recordar ahora que en vano gritaba «¡Petra!» sentía una extraña y poética melancolía. «¡Cosas del corazón humano!»

—¡Servanda! Servanda! Anselmo! Anselmo!

Nadie respondía.

—No hay duda, es muy temprano. No es hora de levantarse los criados siquiera. ¿Pero entonces? ¿Quién me ha adelantado el reloj?... ¡Dos relojes echados á perder en dos días!... Cuando entra la desgracia por una casa...

Don Víctor volvió á dudar. ¿No podían haberse dormido los criados? ¿No podía aquella escasez de luz originarse de la densidad de las nubes? ¿Por qué desconfiar del reloj si nadie había podido tocar en él? ¿Y quién iba á tener interés en adelantarle? ¿Quién iba á permitirse semejante broma? Quintanar pasó á la convicción contraria; se le antojó que bien podían ser las ocho, se vistió de prisa, cogió el frasco del anís, bebió un trago, según acostumbraba cuando salía de caza aquel enemigo mortal del chocolate, y echándose al hombro el saco de las provisiones, repleto de ricos fiambres, bajó á la huerta por la escalera del corredor, pisando de puntillas, como siempre, por no turbar el silencio de la casa. «Pero á los criados ya los compondría él á la vuelta. ¡Perezosos! Ahora no había tiempo para nada... Frigilis debía de estar ya en el Parque esperándole impaciente...»

—Pues señor, si en efecto son las ocho no he visto día más oscuro en mi vida. Y sin embargo, la niebla no es muy densa... no... ni el cielo está muy cargado... No lo entiendo.

Llegó Quintanar al cenador que era el lugar de cita... ¡Cosa más rara! Frigilis no estaba allí. ¿Andaría por el parque?... Se echó la escopeta al hombro, y salió de la glorieta.

En aquel momento el reloj de la catedral, como si bostezara, dió tres campanadas.

Don Víctor se detuvo pensativo, apoyó la culata de su escopeta en la arena húmeda del sendero y exclamó:

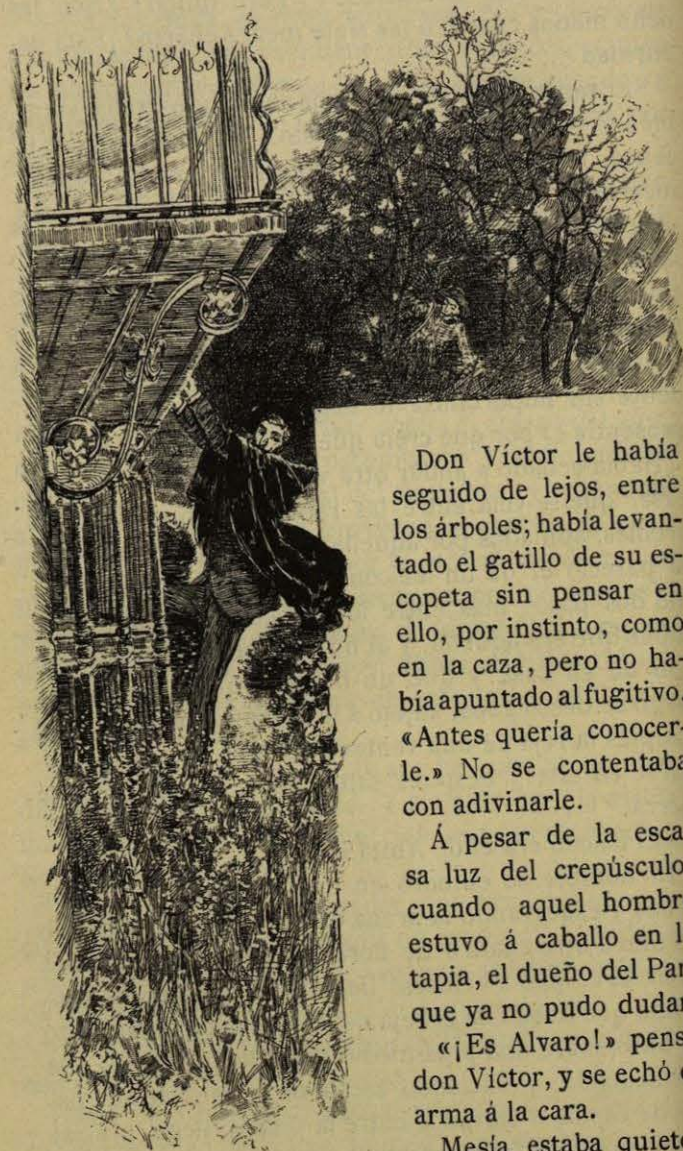
—¡Me lo han adelantado! ¿Pero quién? ¿Son las ocho menos cuarto ó las siete menos cuarto? ¡Esta oscuridad!...

Sin saber por qué sintió una angustia extraña, «también él tenía nervios por lo visto.» Sin comprender la causa, le preocupaba y le molestaba mucho aquella incertidumbre. «¿Qué incertidumbre? Estaba antes obcecado; aquella luz no podía ser la de las ocho, eran las siete menos cuarto, aquello era el crepúsculo matutino, ahora estaba seguro... Pero entonces ¿quién le había adelantado el despertador más de una hora? ¿Quién y para qué? Y sobre todo, ¿por qué este accidente sin importancia le llegaba tan adentro? ¿qué presentía? ¿por qué creía que iba á ponerse malo?...»

Había echado á andar otra vez; iba en dirección á la casa, que se veía entre las ramas deshojadas de los árboles, apiñados por aquella parte. Oyó un ruido que le pareció el de un balcón que abrían con cautela; dió dos pasos más entre los troncos que le impedían saber qué era aquello, y al fin vió que cerraban un balcón de su casa y que un hombre que parecía muy largo se descolgaba, sujeto á las barras y buscando con los piés la reja de una ventana del piso bajo para apoyarse en ella y después saltar sobre un montón de tierra.

«El balcón era el de Anita.»

El hombre se embozó en una capa de vueltas de grana y esquivando la arena de los senderos, saltando de uno á otro cuadro de flores, y corriendo después sobre el césped á brincos, llegó á la muralla, á la esquina que daba á la calleja de Traslacerca; de un salto se puso sobre una pipa medio podrida que estaba allá arrinconada, y haciendo escala de unos restos de palos de espaldar clavados entre la piedra, llegó, gracias á unas piernas muy largas, á verse á caballo sobre el muro.



Don Víctor le había seguido de lejos, entre los árboles; había levantado el gatillo de su escopeta sin pensar en ello, por instinto, como en la caza, pero no había apuntado al fugitivo. «Antes quería conocerle.» No se contentaba con adivinarle.

Á pesar de la escasa luz del crepúsculo, cuando aquel hombre estuvo á caballo en la tapia, el dueño del Parque ya no pudo dudar.

«¡Es Alvaro!» pensó don Víctor, y se echó el arma á la cara.

Mesía estaba quieto, mirando hacia la calleja, inclinado el rostro, atento

sólo á buscar las piedras y resquicios que le servían de estribos en aquel descendimiento.

«¡Es Alvaro!» pensó otra vez don Víctor que tenía la cabeza de su amigo al extremo del cañón de la escopeta.

«Él estaba entre árboles; aunque el otro mirase hacia el Parque no le veía. Podía esperar, podía reflexionar, tiempo había, era tiro seguro; cuando el otro se moviera para descolgarse... entonces.»

«Pero tardaba años, tardaba siglos. Así no se podía vivir, con aquel cañón que pesaba quintales, mundos de plomo, y aquel frío que comía el cuerpo y el alma no se podía vivir... Mejor suerte hubiera sido estar al otro extremo del cañón, allí sobre la tapia... Sí, sí; él hubiera cambiado de sitio. Y eso que el otro iba á morir.»

«Era Alvaro, y no iba á durar un minuto! ¿Caería en el Parque ó á la calleja?...»

No cayó; descendió sin prisa del lado de Traslacera, tranquilo, acostumbrado á tal escaló, conocido ya de las piedras del muro. Don Víctor le vió desaparecer sin dejar la puntería y sin osar mover el dedo que apoyaba en el gatillo; ya estaba Mesía en la calleja y su amigo seguía apuntando al cielo.

—¡Miserable! debí matarle!—gritó don Víctor cuando ya no era tiempo; y como si le remordiera la conciencia, corrió á la puerta del Parque, la abrió, salió á la calleja y corrió hacia la esquina de la tapia por donde había saltado su enemigo. No se veía á nadie. Quintanar se acercó á la pared y vió en sus piedras y resquicios *la escalera de su deshonra*.

«Sí, ahora lo veía perfectamente; ahora no veía más que eso; ¡y cuantas veces había pasado por allí sin sospechar que por aquella tapia se subía á la alcoba de la Regenta! Volvió al Parque; reconoció la pared por aquel lado. La pipa medio podrida arrimada al muro,



como al descuido, los palos del espaldar roto formaban otra escala; aquella la veía todos los días veinte veces y hasta ahora no había reparado lo que era: ¡una escala! Aquello le parecía símbolo de su vida: bien claras estaban en ella las señales de su deshonra, los pasos de la traición; aquella amistad fingida, aquel sufrirle comedias y confidencias, aquel malquistarle con el señor Magistral... todo aquello era otra escala y él no la había visto nunca, y ahora no veía otra cosa.»

«¿Y Ana? ¡Ana! Aquella estaba allí, en casa, en el lecho; la tenía en sus manos, podía matarla, debía matarla. Ya que al otro le había perdonado la vida... por horas, nada más que por horas, ¿por qué no empezaba por ella? Sí, sí, ya iba, ya iba; estaba resuelto, era claro, había que matar, ¿quién lo dudaba? pero antes... antes quería meditar, necesitaba calcular... sí, las consecuencias del delito... porque al fin era delito...» «Ellos eran unos infames, habían engañado al esposo, al amigo... pero él iba á ser un asesino, digno de disculpa, todo lo que se quiera, pero asesino.»

Se sentó en un banco de piedra. Pero se levantó en seguida: el frío del asiento le había llegado á los huesos; y sentía una extraña pereza su cuerpo, un egoísmo material que le pareció á don Víctor indigno de él y de las circunstancias. Tenía mucho frío y mucho sueño; sin querer, pensaba en esto con claridad, mientras las ideas que se referían á su desgracia, á su deshonra, á su vergüenza, se mostraban rehacias, huían, se confundían y se negaban á ordenarse en forma de raciocinio.

Entró en el cenador y se sentó en una mecedora. Desde allí se veía el balcón de donde había saltado don Alvaro.

El reloj de la catedral dió las siete.

Aquellas campanadas fijaron en la cabeza aturdida de Quintanar la triste realidad... «Le habían adelan-

tado el reloj. ¿Quién? Petra, sin duda Petra. Había sido una venganza. Oh! una venganza bien cumplida. Ahora le parecía absurdo haber tomado la poca luz del alba por día nublado. Y si Petra no hubiera adelantado el reloj ó si él no le hubiese creído, tal vez ignoraría toda la vida la desgracia horrible... aquella desgracia que había acabado con la felicidad para siempre. La pereza de ser desgraciado, de padecer, unida á la pereza del cuerpo que pedía á gritos colchones y sábanas calientes, entumecían el ánimo de don Víctor que no quería moverse, ni sentir, ni pensar, ni vivir siquiera. La actividad le horrorizaba... ¡oh qué bien si se parase el tiempo! Pero, no, no se paraba; corría, le arrastraba consigo; le gritaba: muévete; haz algo, tu deber; aquí de tus promesas, mata, quema, vocífera, anuncia al mundo tu venganza, despídete de la tranquilidad para siempre, busca energía en el fondo del sueño, de los bostezos arranca los apóstrofes del honor ultrajado, representa tu papel, ahora te toca á ti, ahora no es Perales quien trabaja, eres tú, no es Calderón quien inventa casos de honor, es la vida, es tu picara suerte, es el mundo miserable que te parecía tan alegre, hecho para divertirse y recitar versos... Anda, anda, corre, sube, mata á la dama, después desafía al galán y mátale también... no hay otro camino. ¡Y á todo esto sin poder menear pié ni mano, muerto de sueño, aborreciendo la vigilia que presentaba tales miserias, tanta desgracia, que iba á durar ya siempre!»

«Pero había llegado la suya. Aquel era su drama de capa y espada. Los había en el mundo también. ¡Pero qué feos eran, qué horrorosos! ¿Cómo podía ser que tanto deleitasen aquellas traiciones, aquellas muertes, aquellos rencores en verso y en el teatro? ¡Qué malo era el hombre! ¿Por qué recrearse en aquellas tristezas cuando eran ajenas, si tanto dolían cuando eran